



Monseñor Cicognani: Franco y el Vaticano.

ESPAÑA

El poder y la gloria

"En la España católica hay más sacerdotes detenidos que en ningún país situado detrás de la cortina de hierro", dijo en una homilía, en la localidad industrial catalana de Tarasa, el Padre Josep Montserrat Torrens.

Su apasionada afirmación se fundamenta en las detenciones del 1º de Mayo del año pasado; entonces, una serie de manifestaciones ilegales en diversas ciudades españolas respondió a un llamamiento de las Comisiones Obreras: 11 sacerdotes fueron arrestados en el País Vasco, en Cataluña y en Madrid.

Desde entonces, el número de conflictos de los jóvenes sacerdotes con sus superiores eclesiásticos, y con las autoridades civiles, no ha hecho sino aumentar: siete sacerdotes vascos cumplen penas de uno a tres meses de prisión; doce más se encuentran procesados, y otra treintena —capuchinos, franciscanos y benedictinos— están detenidos en San Sebastián o confinados lejos de sus diócesis.

El sábado antepasado, cuarenta sacerdotes pusieron fin a la ocupación del Palacio Episcopal de Bilbao, que duró una semana. El insólito procedimiento —versión clerical de la "revolución de Mayo" francesa— pretendía obtener del Obispo, Monseñor Gurpide, una condena de "las detenciones, multas arbitrarias de seglares y sacerdotes y los fusiles a las puertas de las iglesias". Con furia bíblica, los "katanguños de la Vicaría", como los apostrofó un falangista, sentenciaban: "La mayor parte de la jerarquía y de las instituciones de la Iglesia se someten al Gobierno y al capital —detentores de la fuerza—, y no son más que unas marionetas en sus manos. Frente a esta situación, el silencio vergonzoso de nuestro Obispo, y de cuantos le rodean, no se debe a

que no sepan hablar, sino a que han vendido su lengua".

El texto del documento escandalizó a los católicos tradicionales. Un Ministro comentó que había motivos suficientes "para meterlos a todos en la cárcel; preferimos, de momento, no hacerlo y dejar que sea la propia Iglesia la que resuelva el problema".

Era una actitud basada en la reciente experiencia. Las detenciones, registro e interrogatorios llevados a cabo desde fines de julio en la vecina provincia de Guipúzcoa, habían suscitado varias gestiones del nuncio, Monseñor Dadaglio, ante el Gobierno y funcionarios locales; en verdad, removieron aún más el avispero. Tanto que el Obispo de Guipúzcoa, Monseñor Bereciartua, hubo de prohibir los sermones y homilias en las misas para evitar que algunos sacerdotes incitaran a sus fieles, hablándoles de la "opresión en que vive el pueblo vasco, maltratado y sin garantías jurídicas desde hace 30 años".

Las revistas de organizaciones católicas figuran en primer término entre las trescientas publicaciones secuestradas o sancionadas en los dos últimos años, desde que entró en vigor una nueva reglamentación, más liberal, de la prensa española. Los funcionarios civiles se han visto obligados a prohibir peregrinaciones y funerales en el País Vasco, para evitar que fueran aprovechadas por los separatistas con fines políticos.

Al fin, una comisión especial de doce sacerdotes se abocó a la tarea de esclarecer estos fenómenos. Pero fue estéril: la semana pasada todo el grupo renunció. No se sabe a ciencia cierta quién definirá la situación en la provincia vasca de Bilbao; mientras tanto, persistirán las borrascosas relaciones entre Iglesia y Estado.

Deducir de estos y otros hechos que en la católica España la Iglesia está más perseguida que en cualquier otro país del mundo, es totalmente exagerado. Pero no hay duda de que una parte de los jóvenes sacerdotes está creando serios problemas y dolores de cabeza a los Obispos y al Gobierno.

El fenómeno debe ser visto dentro del marco del conflicto generacional

que hoy enfrenta a los estudiantes, los obreros, y también a los clérigos españoles, menores de 30 años, con los protagonistas de la guerra civil. Entre sacerdotes y religiosos, este enfrentamiento se produce con mayor profundidad que en ningún otro sector de la sociedad española.

4.184 sacerdotes, 2.365 frailes y 283 monjas (en total 6.832 personas) fueron asesinadas durante el trágico verano de 1936, en los primeros meses de la guerra civil. A los 15 días de su comienzo, Andrés Nin, jefe del POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista), escribía en *La Vanguardia de Barcelona*: "La clase obrera ha resuelto el problema de la Iglesia sencillamente, no dejando en pie ni una, siquiera, y suprimiendo sus sacerdotes".

Esta terrible sangría devastó el clero español. Hoy, un 35 por ciento de los sacerdotes tiene menos de 30 años; es decir, han nacido después de la guerra civil. Su número es proporcionalmente muy superior a la media de su generación en cualquier otro estamento social y, desde luego, al del clero de cualquier otro país. Otro 35 por ciento de sacerdotes supera los 50 años.

"Curas comunistas"

Las cifras reflejan un grave desequilibrio y aclaran, mejor que cualquier otro comentario, la raíz de los problemas de la Iglesia de España. Los jóvenes sacerdotes se han formado e inspirado en la doctrina de Juan XXIII y del Concilio Vaticano II. Para ellos, el espíritu de Cruzada —que enardeció a sus mayores y llevó a la muerte a miles de católicos, "mitad monjes y mitad soldados", sin que se registrara una sola apostasía— debe ser encerrado con siete llaves. La Iglesia de las catedrales, enlazada con el régimen en brillantes ceremonias públicas y copartícipe de ciertas funciones de gobierno (representación en el Concejo del Reino y en las Cortes; colaboración activa en la Central Nacional de Sindicatos y en el Frente de Juventudes), debería dejar paso a la Iglesia de las catacumbas, desvinculada totalmente del Estado y entregada a los humildes. En los actos y en las palabras de muchos de estos jóvenes curas, hay un oscuro complejo de culpabilidad y una fe de iluminados, que los hace abrazarse a la pobreza y a la miseria que acaban de descubrir.

Hace diez años aún podían verse en los pueblos españoles a curas con negra sotana y sombrero de teja, compartiendo los honores en las ceremonias populares junto al capitán de la Guardia Civil y el Alcalde, que es al mismo tiempo jefe local del Movimiento. Hoy, en mangas de camisa de colores chillones, encabezan las manifestaciones ilegales, asisten a las reuniones clandestinas de las Comisiones Obreras y piden que se les llame "compañeros", en lugar de "padres".

No son la expresión de toda la Iglesia española, sino de una parte de ella; la otra mira con una mezcla de horror y de reprobación a "los curas comunistas". En cualquier caso, en España, Dios no ha muerto y Cristo sigue crucificado, entre el poder y la gloria. ♦

[Armando R. Fuente]